

jer, á la cual serían capaces de asesinar si resultasen ciertas las sospechas de García del Pilar.

—¿Pues qué sospecha?

—Poca cosa; que los Ponce han sido quienes asesinaron y robaron al padre de Isabel de Carvajal ó de Rioja.

Ya veréis, ya veréis; esta misma noche voy á plantárselo así, como *un se dice*, á Esperanza Ponce, á la cual avisaré que en busca de sus hermanos viene esa bella andaluza, lo que sabido por ella puede inducirles á que, si es cierto que mataron al padre, otro tanto hagan con su hija.

—¡Oh! ¡eso sería espantoso!—exclamó Jerónimo horrorizado.

Delgadillo y García del Pilar que estaban de buen humor, acogieron con una carcajada la exclamación de Jerónimo.

Capítulo XIII

Un fracaso

ALGUNOS momentos después, Jerónimo Ruiz se separó de Delgadillo y García del Pilar, quienes, por estar próxima la hora de su cita con Esperanza, dirigieron sus caballos al extremo del bosque más próximo á la casa solariega de los Ponce de León.

Llegados al punto en que el bosque concluía, Delgadillo dejó su caballo á Pilar y comenzó á atravesar el campo descubierto que le separaba de la casa consabida.

Pronto estuvo al pié del muro en que, á una altura próximamente de cinco varas, se abría la ventana de la habitación de Esperanza.

Esta ventana estaba envuelta en la sombra que proyectaban sobre la pared los gruesos muros de una especie de bastión que se adelantaba no menos de seis varas sobre la línea general de la fachada.

Delgadillo se ocultó en el ángulo de sombra que la claridad de la luna hacía más espesa, y aguardó pacientemente á que, según lo convenido con Pilar, Esperanza dejase caer una escala de cuerda.

El tiempo nada corto que hubo de esperar lo empleó Delgadillo en forjarse los más bellos castillos en el aire que jamás se forjó amor alguno.

¿Qué debía pensar de la facilidad con que la hermosa Ponce había otorgado la cita solicitada por mediación de Pilar?

Sin duda este desalmado la había puesto en temor y espanto, amenazándola con reducirla á prisión mientras se averiguaba lo que hubiese de cierto en los rumores á que debían los Ponce su mala fama.

—¡Pobre paloma, requerida de amores por un gavilán!

Pero yo la tranquilizaré.

Si, agradezcamos á Pilar que, aunque haya sido por este medio, me haya conseguido esta cita: pero prepararé monos á quitar á Esperanza la mala impresión que en ella haya causado semejante recurso.

Una pasión impuesta por el miedo no me satisfaría jamás.

Quiero que la mujer que á mis brazos venga pueda al menos creer que me ama.

Un beso dado en unos labios fríos y rígidos debe ser necesariamente un bien desabrido beso.

El amor es tanto más grato cuanto más de ideal hay en él, porque en el verdadero amor el goce del alma es lo primero y principal, y el de los sentidos no hace más que completarle.

Yo la tranquilizaré.

Yo la haré ver que cualquiera que sea la acogida que

me dispense, jamás haré uso de arma vedada alguna, ni para merecerla, ni para vengarme.

En esta primera entrevista debo mostrarme cauto y respetuoso.

Si su belleza me enajena; si su acento me embriaga; si la situación se hace peligrosa; tendré bastante dominio sobre mí mismo para huir por esta noche de ella, y prolongar así mi ilusión.

«Nada tenéis que temer de mí,—le diré,—creedlo por que os lo juro por cuanto más amo en la tierra, que sois vos, dulce Esperanza mía, cuya imagen impresa está en mi corazón desde el primer momento en que viéndolos penetró por mis ojos admirados, hasta mi alma, templo de la adoración que desde entonces os consagro.

«No vayáis á ponerlo en duda, porque quizás no os explicáis las súbitas pasiones que vuestra sola vista puede inspirar.

«No, Esperanza; el amor puede brotar al primer encuentro de dos seres, destinados el uno para el otro, que instintivamente se buscan, que viven sólo la mitad de una vida, hasta el momento en que el azar ó la Providencia los reúnen.

«El amor es la atracción que impele á dos almas á buscarse, aun á través de los espacios infinitos; y brota mágico, poderoso, invencible, allí donde esas almas se encuentran, cualquiera que sean su edad y condición.

«Dos de esas almas son las nuestras.

«Quizás vos, dulce Esperanza, no lo creáis en este instante en que la sorpresa os priva de la tranquilidad de juicio necesaria.

«Pero lo creeréis mañana, pasado, en el primer ins-

tante en que sintáis que en vos se hace la amorosa revelación.

»Nada por lo tanto, exijo de vos, ni siquiera que os consagréis á pensar en ello.

»Ello por sí sólo se hará.

»Y entonces vos seréis quien me llame, pues sólo en ese caso volveré á vos.

»Vos seréis quien me diga, como yo os lo digo ahora:

»Sí; es cierto; Dios nos ha creado el uno para el otro:

»Hasta entonces nada os exijo, os lo repito.

»No os suplico que me améis como yo os amo, porque os amo de tal modo que es imposible amar como amo yo.

»Sólo os pido que, desde este instante, no olvidéis que en mí tenéis un amigo, cuyo único pensamiento sois vos, siempre vos, y nada más que vos.

»Si he solicitado veros, ha sido sólo para deciros que de hoy más me será de todo punto imposible olvidarme de vos.

»Que presente estará siempre vuestra imagen en mi recuerdo, para darme valor en la hora de mis sufrimientos, para no permitirme olvidar que la felicidad existe mientras vos existáis.

»No me respondáis, Esperanza mía, pensad únicamente en cuanto os he dicho, y pensadlo á solas, cuando yo me haya alejado de vos, que será al instante, pues no quiero exponeros á la murmuración y falsos juicios de un indiscreto.

»Reflexionad que el amor es la única felicidad que en la tierra existe.

»Hasta que vos misma me llaméis, no volveré á molestaros con solicitudes de nuevas citas.

»Veros al paso, y un instante, en vuestra ventana.

»¿Hé ahí toda mi felicidad!»

¡Oh! imposible es que no acierte á ser bastante elocuente para conquistarla.

Y una vez conquistada.....

Delgadillo no pudo proseguir.

La felicidad paralizó como por encanto todas sus facultades.

Una escala de cuerda, resbalando por el macizo muro, descendió desde la ventana al suelo.

Pilar no le había engañado.

Esperanza le aguardaba tal vez con los brazos abiertos.

Con los brazos abiertos, sí; así lo creyó Delgadillo, cuya vanidad le hizo creer en un momento, que, después de todo, nada tendría de particular que Esperanza estuviese de él enamorada.

Mientras, aunque sin querer decirselo á sí mismo, temió que la escala no bajase, su pasión vistió platónicos ropajes, y quiso creerse capaz de respetar á la joven.

Pero cuando á sus piés vió el extremo inferior de la escala, todo lo olvidó y pensando únicamente que el placer le aguardaba en el otro extremo, puso mano en ella y comenzó á subir.

Y al fin llegó á la ventana, y al ir á tender sus brazos á la joven hija de Ponce, Delgadillo recibió en pleno rostro un rudo bofetón que le hizo perder el equilibrio y caer de la ventana al suelo, á la vez que una voz de mujer decía:

—¡Nuño López de Cardona, al fin me vengué de ti!

A estas palabras siguió una carcajada, estridente, nerviosa.

Y la escala fué recogida, y la ventana cerrada con violencia.

Cual si una legión de demonios le persiguiese, Delgadillo corrió á encontrar á García del Pilar en el punto que éste le esperaba con los caballos.

—¿Qué os pasa?—preguntó éste, observando que Delgadillo rugía como un león.

—Que si en un breve espacio de días no me proporcionas causa sobradamente justificada para ahorcar á todos los Ponce vivientes, inclusive las mujeres, te haré ahorcar á tí, maldecido García del Pilar.

Y sin aguardar respuesta ni dar explicaciones, Delgadillo saltó sobre su caballo y clavándole hasta el talón las espuelas partió de allí más rápido y sulfurado que una centella.

... una legión de demonios le persiguiese, Delgadillo corrió á encontrar á García del Pilar en el punto que éste le esperaba con los caballos. —¿Qué os pasa?—preguntó éste, observando que Delgadillo rugía como un león. —Que si en un breve espacio de días no me proporcionas causa sobradamente justificada para ahorcar á todos los Ponce vivientes, inclusive las mujeres, te haré ahorcar á tí, maldecido García del Pilar.

Capítulo XIV

La demencia de Juana



XPlicAREMOS á nuestros lectores el fracaso de la amorosa aventura por Delgadillo imaginada.

García del Pilar había, en efecto, obtenido de Esperanza Ponce de León la cita á que Delgadillo acudió:

Para obtenerla se valió de las sospechas que de los crímenes de los Ponce tenía.

Esperanza abundaba en las mismas sospechas.

Su infortunada madre, la infeliz Juana de la Cueva, se las hizo concebir en sus frecuentes extravíos de locura.

Pilar la amenazó con abrir sobre ellas una averiguación, y Esperanza se ofreció á sacrificarse por tal de comprar su silencio y el del supuesto capitán su galanteador.

Y decimos *supuesto*, porque Esperanza sabia bien que el fingido capitán era el mismo oidor Delgadillo.

Esperanza juzgaba que por poco caballero que fuese

el oidor no había de negarle una promesa de impunidad para los criminales.

Resuelta como hemos dicho á sacrificarse por su familia, concedió á García del Pilar la cita que debía deshonrarla, y á la hora convenida llegóse á la ventana provista de la fatal escala.

Juana de la Cueva dormía en su lecho, próximo al de Esperanza, con un sueño tranquilo como pocas veces disfrutaba aquel perturbado espíritu.

Esperanza creyó que esto fuese un feliz augurio.

Y besando la calenturienta frente de su madre, dejó su lecho, se acercó á la ventana, amarró la escala de cuerda, y al ir á abrir las dos hojas de madera, la pobre Juana despertó lanzando un grito.

Habíala acometido un nuevo acceso de demencia.

Esperanza corrió hacia ella olvidándose de todo, hasta de la escala, que amarrada quedó á la ventana.

—¿Has oído?—preguntó la loca, estremeciéndose de terror.

—¿Qué es lo que oyes, madre mía?—exclamó Esperanza, llorando de angustia y dolor.

—¿Qué oigo?

—Sí.

—Escucha!

—¿Es él, sí, es él; oye, oye sus pasos, medidos, cautelosos como los de la fiera que atisba su presa, y no quiere espantarla, para mejor cebarse en ella!

—Oh, madre mía! por mí, por tu hija querida; tranquilízate; vuelve á tu lecho, obedéceme y descansa, sobre madre mía; nada se oye!

—¿Sí, hija mía: él está ahí!

Tú no percibes sus pasos.

Lo comprendo.

No sabes cuán traidor es y cómo procura no dar paso alguno, sino cuando su eco puede perderse y confundirse con el de una rama agitada por el viento, con el de una ola que á morir viene á la orilla, con el de la nota de un ave que en el bosque se lamenta.

Pero yo sí conozco sus pasos.

Déjame.

Déjame acercarme á esa ventana.

Yo te lo enseñaré escondido, procurando confundirse con las sombras.

Para esto se viste siempre de negro.

Negro, muy negro; aunque no tan negro como sus alevés intenciones.

¡Miserable!

Creo que Juana de la Cueva se dejará vencer por la constancia de su persecución.

¡Miserable!

¡Y dice que me ama!

¡Que me ama y aborrece cuanto yo amo!

¡Óyete!

No te quepa duda, él es quien suspira al pié de esa ventana á donde todas las noches viene y acerca una escala de madera que oculta tiene entre las malezas.

¡Ah miserable!

¿Oyes?

¡Ya subió! ¡ya está ahí!

¿Has escuchado los golpecitos con que me anuncia que está ahí?

¡No, hija mía; no le respondas!

¡Calla, calla; que crea que no estoy aquí!

La infeliz loca pronunció estas palabras con la voz más baja posible y escondiendo su cabeza entre los brazos de su hija que ante el espectáculo de la demencia de su madre, vertía raudales de lágrimas y sollozaba con indefinible pena.

En vano procuró tranquilizar á Juana con las más dulces palabras que jamás salieron más dulces de filiales labios.

El acceso continuó creciendo en intensidad.

Y siempre con la misma manía, siempre repitiendo:

—Oye, oye sus pasos: son los suyos; bien los conozco; no puedo engañarme!

¡Ay hija mía! si tu padre llegase á oírlos...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué no los oiga!

¡Ay de él si los oye!

Vendrá, vendrá inmediatamente, y ciego de celos, le clavará un puñal en la garganta.

¡Ah no! ¡mentira! ¡no lo creas!

¡Que! hija mía; ¿has oído decir que han encontrado muerto á Nuño?

¿Eso dicen?

Y ¿qué dicen?

¿Acaso que tiene atravesada la garganta con un puñal?

Pero mienten, mienten; sí, hija mía

La herida es más ancha que el puñal de tu padre, de mi bueno de mi idolatrado Fernando!

Diles que la midan, que la comparen con la hoja de su puñal y se convencerán de ello.

¡No, no es tu padre quien ha muerto á Nuño!

No, no ha sido él.

Corre hija mía; corre á defender á tu padre: los jueces son capaces del crimen de condenarle sin pruebas.

No, no ha sido él quien mató á Nuño López.

Yo se lo pregunté pocos momentos antes de que espírase en este mismo lecho.

¡Oh! ¡no mires este lecho, hija mía!

¡Cierra, cierra tus ojos!

¡Lo quiero!

¡Lo mando!

¡Así, así; tenlos cerrados mientras yo lavo, sin que tú puedas verlas, estas horribles manchas de sangre!

¿Manchas de sangre he dicho?

No, hija mía, no lo creas; me lo acaba de decir él mismo: no derramó ni una sola gota de sangre.

¿Cómo había de derramarla si no le hirió con puñal?

No, no le hirió con puñal.

Sus únicas armas fueron sus manos.

¡Qué horror!

¡Pobre Fernando mío!

¿Cómo fuistes capaz de emplear en tal oficio aquellas manos en que sostuviste la noble, la gloriosa espada en tantos combates vencedora?

¡No, Fernando, me engañas!

¡Tú no hiciste tal cosa!

¡No, no me digas que sí, porque me obligarás á perderte el respeto, y á decirte que mientes!

¡Tus manos haciendo tal oficio!...

¡Imposible! ¡imposible!

¡Tus manos que tantas veces han tenido entre ellas las mías, sin causarme daño nunca!

¡Tus manos que los reyes han honrado estrechándolas entre las tuyas!

¡Tus manos que todos los días besan los purísimos labios de mis hijos!

¡No, imposible, tú le heriste!

¡Sí, tú le heriste: aquí, aquí están las manchas de sangre!

Pero aguarda, aguarda, no te asustes: yo las lavaré tan bien lavadas que nadie podrá distinguirlas.

Déjame que en esto al menos pueda ser tu cómplice.

Por tus hijos lo has hecho; pues bien, también son mis hijos y ayudarte debo á salvarlos.

¡Pero ah Fernando mio! ¿qué es eso? ¿qué sientes? ¿por qué palideces así?

¡Se muere, se muere!... ¡Fernando!... ¡Dios mio!... ¡piedad!

Al lanzar este último grito la infeliz Juana de la Cueva cayó sobre el piso de su habitación, debatiéndose en horribles convulsiones.

Esperanza, cuyas demostraciones de dolor hubiesen partido el alma del sér más empedernido, acudió en alivio de su madre con todas aquellas medicinas y procedimientos que en semejantes casos empleaba.

Los esfuerzos de su filial cariño no fueron inútiles en parte.

Las convulsiones cesaron, pero el acceso de demencia no, y de nuevo volvió á dar en la manía de que al pié de su ventana esperaba Nuño López.

En vano procuró Esperanza quitarle tal idea.

Hubo un momento en que Juana de la Cueva, que durante sus accesos solía tener una fuerza varonil, logró escaparse de los brazos de Esperanza y corrió á la ventana, y en ella tropezaron sus manos con la escala que allí permanecía fuertemente sujeta y enrollada.

Juana dejó escapar una especie de dolorosísimo lamento.

Llevó á su frente sus manos: por ella las pasó como si de ella quisiese arrancar los fantasmas de su demencia.

Y lo consiguió sin duda, porque las señales de su extravío se borraron de su rostro, y sus miradas, perdiendo su vaguedad, se clavaron fijas, serenas, investigadoras, en la pobre Esperanza que envuelta en lágrimas se dejó caer de rodillas á sus piés.

—¡Hija mía!—exclamó Juana;—¿qué quiere esto decir? ¿Quién debe subir por esta escala?

—¡Perdón, madre mía, perdón!—repitió sollozando Esperanza.

—¡Oh yo lo sabré!—replicó Juana; y antes que su hija hubiese podido impedirlo abrió la ventana y empujó la escala de cuerda.

Esperanza quiso gritar y no pudo.

La escena de locura de Juana, y la que se preparaba, concluyeron con el resto de energía que le quedaba; y extendiendo sus brazos en el vacío cayó desvanecida.

Juana no pudo notarlo: apoyadas sus manos en el marco sacando medio cuerpo por el hueco de la ventana, fijos sus ojos en la oscuridad de allá abajo, no tardó en distinguir el bulto de un hombre que más y más se aproximaba á ella.

El alivio de su demencia fué nada más que pasajero.

Su cerebro volvió á desorganizarse y su manía le dijo que aquel bulto era Nuñez López de Cardona.

—¡Ah miserable!—murmuró entre dientes,—¡sube, sube, sube por tu castigo!

Y... ya lo hemos dicho: cuando Delgadillo llegó al alcance de su mano, Juana la estampó en el rostro del supuesto Nuño, recogió la escala, cerró la ventana y tras de una carcajada de esas que hielan la sangre de quien las escucha, cayó al lado de su hija, presa de una nueva y aun más horrible convulsión.

LIBRO V

LAS FRAGUAS DEL CRIMEN

LIBRO V

LAS FRAGUAS DEL CRIMEN